

Estudios saharianos

Julio Caro Baroja.

Júcar Universidad, 1990. Madrid y Gijón, 475 págs, 3.450 ptas.

Una excelente idea ha sido el rescate de este texto cuya primera edición de 1955 se había agotado hace mucho tiempo, considerándose un libro raro, algo que ciertamente es y en más sentidos que el estrictamente bibliográfico. El «rescatador» ha sido Alberto Cardín, quien en su actividad editorial está realizando una admirable tarea de recuperación de los clásicos de la Antropología Social y Cultural. La editorial Júcar puede estar satisfecha del interesante fondo de Antropología que está publicando, si bien sería deseable en este caso un poco más de cuidado en la forma de presentar los mapas y dibujos que acompañan al texto, unidos de una forma un tanto precaria.

Este libro es, sin duda, un clásico de un clásico, es decir, uno de los más interesantes trabajos de nuestro más conocido y reconocido antropólogo español. Es además un trabajo pionero que no ha tenido la continuidad que debería y un libro poco conocido y citado frente a otras obras del autor. He dicho en alguna ocasión que la Universidad española nunca se arrepentirá bastante de no haber contado en sus filas con don Julio Caro. Sólo por este libro se podría decir lo mismo de la investigación española que desperdició — como sigue haciendo hoy — por trabas burocráticas o mera desidia a un investigador tan concienzudo, brillante, admirable y original como él. Y creo también que, en definitiva, pierde la propia sociedad española al ignorar monografías como la presente que podrían haber informado e inspirado a la política española y evitar así ciertas «ignorancias vinculadas a nuestra última acción en el Sahara» en palabras del propio Caro. Lástima que sólo enuncie, pero no cuente, alguna anécdota al respecto.

Este es un documento etnográfico sobre el pueblo sahariano, los poéticamente denominados «hijos de la nube», memoria histórica y testimonio de una época, casi cuarenta años después de haber sido gestado. El libro tiene siete capítulos dedicados a dos tipos de «problemas» (véase el contenido en la Introducción General porque no contiene Índice): el análisis de la estructura social de este pueblo (I, *El orden social tradicional en el Sahara español*. II, *La economía del Sahel*. III, *Para el análisis estructural de una cabila sahariana: los Ulad Tidrarin*, y IV, *Formas de convivencia entre los nómadas*) y algunos temas más propiamente etnohistóricos (V, *Un santón sahariano y su familia*. VI, *Las guerras del Sahel contadas por los nómadas*, y VII, *La historia entre los nómadas*). La primera parte se basa principalmente en su propia experiencia de campo y la segunda en la inmensa labor de recogida concienzuda y análisis de diversas fuentes escritas entre otras, los estudios de exploradores, viajeros, colonizadores y especialmente los informes y memorias de militares y administradores franceses y españoles. Es, pues, un trabajo que aúna las dos perspectivas —la etnográfica e histórica— que caracterizan la obra de Caro Baroja.

El autor define hoy día su asombroso esfuerzo con modestia, como un enigma, maravillándose de que no haya sido un

fracaso y concediendo todo mérito al encanto de los saharianos y su vitalidad cultural. En la introducción del 55 le concede a este trabajo un carácter «muy provisional» y nos informa que estando en Oxford recibió el encargo para realizar unos «estudios preliminares de carácter etnológico» en el Sahara español. Lo que mueve a Caro a aceptar la oferta, tras «no pocos insatisfactorios exámenes de conciencia» es el deseo de cambio de escenario de sus actividades investigadoras «demasiado circunscritas siempre al ámbito peninsular». Acepta tras recibir ciertas garantías sobre la limitación de su misión. Y sin embargo, creo que esta experiencia fue importante a diferentes niveles.

En primer lugar porque muy tempranamente Caro rompe con una inquietante tendencia de la antropología española a estudiar «el pueblo de uno» es decir, la realización exclusiva de estudios en la propia nacionalidad, región, e incluso en la localidad de origen, con la consiguiente pérdida de la perspectiva trans-cultural, la parroquialización y sus posibles riesgos de miopía y chauvinismo. Una pena que no cundiera el ejemplo y por ello que sepamos tan poco (al menos en cuanto a la antropología practicada en este país), de los pueblos del norte de África, Portugal o nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos, tan cercanos en la distancia y, sin embargo, tan lejanos en la comprensión.

La segunda, porque este trabajo fue realizado en un tiempo increíblemente corto —en amable ironía el propio Caro «la experiencia sahariana duró el doble que el Diluvio Universal». Por supuesto, el propio autor es consciente de las limitaciones de su empresa y es muy honesto al reconocer la provisionalidad de su informe, especialmente porque parte desde Oxford, donde se preconiza en esos momentos un trabajo de campo de larga duración. Y, sin embargo, esta experiencia nos viene a mostrar que el tiempo por sí solo no es una garantía de trabajo de campo si no hay sensibilidad e inteligencia, intensidad en la mirada y calidez en la misma. También sale al paso de posturas dogmáticas que consideran que sólo un trabajo de campo de acuerdo con ciertos cánones y duración es trabajo de campo. Porque aun reconociendo la importancia del tiempo en la investigación antropológica y partiendo de que muchos y muy sonados errores y simplificaciones provienen de prejuicios poco analizados y juicios apresurados, no lo es menos un talante abierto y también cómo se aprovecha este tiempo. Caro aprovechó su tiempo con intensidad, como muy pocos hubieran podido hacerlo y así... «Los días se sucedieron trabajando febrilmente... la cuestión era observar la realidad desde la mayor cantidad posible de puntos de vista». Los espléndidos resultados de este texto nos enfrentan a la inquietante consideración canónica de ciertos clásicos, y a la validez de recetas estereotipadas en trabajo de campo. También nos reafirma en algo que sospechábamos: que la misma experiencia puede ser una chapuza desastrosa o un informe excelente dependiendo de los ojos que ven y de los oídos que escuchan, es decir, que hay muchas clases y talentos de observadores.

Debe de ser por esta especie de culto o fetichismo por el tiempo por lo que encontramos de vez en cuando que algunos estudiosos exageran sus periodos reales de trabajo de campo y aseguran haber permanecido años (incluso he oído decir en alguna ocasión diez años) estudiando una comunidad. La realidad es que en estos casos la investigación, si es que la hay, se ha tenido que compaginar con otras tareas —enseñar o convertir, por ejemplo—. Esta exageración que intenta presentarse como un mérito debería ser un demérito puesto que los propios trabajos se delatan a sí mismos. Cuando se coteja esta supuesta duración con los magros resultados, o bien esto es falso, o bien si permaneció diez años lo hizo muy mal y a pesar de tanto tiempo no ha entendido nada. Se tendría, en todo caso, que ser más exigente puesto que la duración fue mayor.

El trabajo es importante en tercer lugar porque es el primer trabajo moderno hecho por un antropólogo español que, en un contexto de cierta «primitividad», explora lo interesante y necesaria que puede ser la investigación histórica. Y ello teniendo en cuenta que tampoco el Oxford de los años 50 era probablemente el mejor lugar para diseñar este tipo de trabajo. Caro aquí y allá muestra estar al tanto de las teorías antropológicas del momento, diseña la monografía como un conjunto de problemas, se refiere tempranamente de un modo propio y original a la discusión sobre la antropología como arte o como ciencia, emplea la perspectiva del punto de vista nativo sobre su cultura, usa con soltura la terminología del estructural-funcionalismo... y, sin embargo, se sale con la suya. Realiza un trabajo, como es característico en su obra, bien fundado en la relatividad de los hechos observados en el tiempo. Oxford en su caso le informó pero no le imitizó.

Es probable, y el propio Caro lo reconoce implícitamente, que el escaso tiempo transcurrido le haya impedido ver algunos problemas importantes o la conjunción armoniosa de la cultura del Sahara. Pero para ello se hubiera necesitado un apoyo continuado a la investigación y una sociedad que facilitara el intercambio de opiniones, la crítica constructiva, el planteamiento de problemas antropológicos dentro del país, algo inexistente en el contexto de su tiempo. Por el contrario, a Caro le tocó ser el más conocido y solitario *free lance* de la antropología española. Su trabajo se basa eminente y concienzudamente en la descripción, pero no es enciclopédico o sin perspectiva analítica, aunque quizá Caro no desarrolla tal cantidad y calidad de datos como debiera. La idea de la fuerza, por ejemplo, podría haberse desarrollado mucho más.

Y, sin embargo, este libro provoca que nos cuestionemos la rigidez estereotipada sobre nuestros modos de conocer y

sobre la propia definición de la disciplina. Pese a su carácter en cierto modo fragmentario, el texto es de rabiosa actualidad puesto que no es la monografía redonda y de un realismo ingenuo usual de la época, que logra rotundidad a base de suprimir la contradicción, sino, por el contrario, un producto vivo y real en su fragmentalidad que sintoniza con los nuevos experimentos de la etnografía actual. Especialmente la estructura inacabada de este libro, la selección de problemas y el análisis histórico (véase el modélico capítulo V, *Un santón sahariano y su familia*) está muy cerca, en cierto sentido, del trabajo de Dwyer, Crapanzano, Rosaldo, Rabinow, Clifford, Marcus y otros.

Su lectura me ha hecho recordar las bellas palabras de un compañero de don Julio, Manuel Alvar. Las dijo a propósito de otra obra de otro autor pero creo que definen perfectamente este trabajo. Dice así:

Este es un libro veraz en cuanto a sus problemas, en cuanto a sus gentes, en cuanto a su discurso. Acaso se me diga que un necio provisto de un magnetofón podría escribir otra obra como esta. Fácil respuesta: ni el excursionista hace arte con su cámara fotográfica, ni sabe transcribir el estudiantillo cargado con una grabadora. En uno y otro caso y en otros muchos casos, se impone la palabra «selección»; para el artista que elimina lo superfluo, y para el científico que no se pierde en caminos errados. Tal vez sea la gran lección de este libro tan fácil: haber sabido escoger para contar y elegir para el modo de contar. Es lo que no hará nunca una máquina ni un necio. Porque, incluso para decir verdades, es necesario tener la perspectiva que da el conocimiento del corazón humano.

Y Caro en este trabajo indudablemente pone mucho del suyo.

María Cátedra

FE DE ERRATAS

En el número 6/7, página 103, en la línea 7 dice «concepto doméstico» y debe decir «concepto de grupo doméstico»; en la 14, «comparación intelectual» por «comparación intercultural», y en la 16, «de parentescos» por «de parientes».

En la página 107, línea 48, dice «articulada/desarticulada», debe decir «articulación/desarticulación».